



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

México

Esteva, Gustavo

La crisis como esperanza

Bajo el Volcán, vol. 8, núm. 14, 2009, pp. 17-53

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28620136001>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA CRISIS COMO ESPERANZA

Gustavo Esteva

RESUMEN

Se cierran múltiples ciclos, en México y en el mundo, en el tránsito hacia una nueva era. La extinción del régimen político mexicano y del imperio estadounidense coincidiría con el final del capitalismo y de la era moderna y lo estaría anticipando. Se sentarían así las bases de un régimen autoritario sin precedentes, aprovechando el miedo, el caos y la incertidumbre propios de la transición. Es preciso intensificar las luchas para bloquear esa perspectiva y avanzar en la construcción del mundo nuevo. Si los trabajadores crearon las crisis, como se plantea en este ensayo, podrán también resolverla en sus términos.

Palabras clave: posdesarrollo, crisis de tamaño, autoritarismo, transición, bifurcación.

SUMMARY

Many cycles are closing, in Mexico and the world. The end of the Mexican political regime and the American empire coincide with and anticipate the end of capitalism and the modern era. This could be the foundation for an unprecedented authoritarian regime, using the fear, chaos and uncertainty of the transition. It is necessary to intensify the struggle to prevent such a perspective and advance in the construction of the new world. If the workers created the crisis, as it is suggested in this essay, they will also be able to solve it in their terms.

Key words: Post-development, crisis of scale, authoritarianism, transition, bifurcation.

Existe consenso casi universal de que “la crisis” representa el final de un ciclo histórico. Pero el consenso se rompe cuando se trata de identificar el cadáver. ¿Qué es lo que está terminando? ¿De cuál ciclo se trata?

Esbozo aquí la hipótesis de que se cierran múltiples ciclos, en México y en el mundo, en un contexto históricamente novedoso, cuando las categorías del pasado dejan de funcionar. La extinción del régimen político mexicano y del imperio estadounidense coincidiría con el final del capitalismo y de la era moderna y lo estaría anticipando. En todo el mundo se estarían sentando las bases de un régimen autoritario sin precedentes, que se impondría como sustituto del actual régimen político y económico aprovechando el miedo, el caos y la incertidumbre propios de la transición. Planteo por eso la urgencia de intensificar nuestras luchas para bloquear esa perspectiva y avanzar en la construcción del mundo nuevo.

LA SUBASTA DEL RÉGIMEN DE LA REVOLUCIÓN

México se incorporó a la crisis mundial cuando llevaba 25 años de estar en su propia crisis, en el seno de una profunda transición política. Cunde aún la impresión de que persiste el antiguo régimen porque los partidos políticos tratan de convertir la transición en mera transa entre ellos y el PAN se dedica a imitar al PRI. Pero no hay duda de su liquidación. La crisis política actual se explica en parte porque el carácter del nuevo régimen se encuentra aún en disputa.

Como es tradición en la agonía de un régimen, las últimas fuerzas que quedan al que termina se emplean para dar muestras espectaculares de vitalidad. José López Portillo, que se llamó a sí mismo el último presidente de la Revolución, se apegó a esa tradición en 1980, al resistir el ingreso al GATT, a pesar de inmensas presiones, y al mismo tiempo lanzar el Sistema Alimentario Mexicano (SAM) como respuesta al “despertar del México bronco”, según la frase de su secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles. En 1982 la nacionalización de la banca apareció como un gesto tan heroico como inútil. A Miguel de la Madrid no le representó mayor desafío dar un golpe de Estado incruento el día que tomó posesión, al deshacerse de la vieja clase política y empezar de inmediato la liquidación del régimen de la Revolución. El sector campesino fue sin duda el más afectado. Tras clausurar el SAM, De la Madrid canceló el acceso a crédito para un millón de pequeños productores recién iniciada

su gestión. Fue apenas el principio de un desmantelamiento sistemático de todo el aparato estatal de apoyo al campo que culminó en 1992, con la reforma del Artículo 27 constitucional –que finalmente lanzó la tierra al mercado– y en la gestión de Ernesto Zedillo, cuando llegó a su fin la progresiva extinción de CONASUPO.¹ La congelación de los salarios reales, la apertura comercial (que empezó diez años antes de que se firmara el TLC) y muchas otras políticas generaron una crisis económica profunda y duradera, que persiste hasta hoy. Ha forzado a emigrar a uno de cada diez mexicanos y ha empobrecido a la mayoría de los que se quedaron, hasta llegar a extremos de miseria que hace un siglo no se veían.

La crisis política es más profunda que la económica. Cuando Miguel de la Madrid tomó posesión, el sector público representaba dos terceras partes de la economía mexicana, que estaba casi totalmente cerrada, bajo control de la burocracia. El Estado determinaba en alta medida tanto lo que entraba y salía como lo que ocurría en la economía mexicana, aunque ésta estuviera cada vez más expuesta a las fuerzas internacionales. Cuando Fox tomó posesión el sector público se había reducido a la quinta parte de una de las economías más abiertas del mundo, ajena ya a su control.

A lo largo de 70 años la “presidencia imperial” controló al gobierno, al partido, al Congreso y al Poder Judicial. Sucesivos presidentes modificaron más de 500 veces la Constitución. A través de una estructura mafiosa que permeaba a la sociedad entera el poder presidencial llegaba hasta el último rincón del país. Fox no controlaba ya su gobierno, ni su partido, ni el Congreso, ni el Poder Judicial, y ni siquiera la casa presidencial. No logró sacar adelante ninguna de las reformas legales que parecían importarle tanto.

En México se discute aún la naturaleza de nuestra transición política porque persiste el enfoque neoliberal, se mantiene el cascarón de las instituciones del régimen de la Revolución y las clases políticas han creado en algunos estados remedos perversos del antiguo régimen. Pero está bien muerto. Es cierto que, como no organizamos oportunamente el funeral, del cadáver insepulto brotan todo género de pestes. Pero los empeños de restauración son tan ridículos como siniestros.

En suma, el que fuera el más prolongado sistema autoritario del mundo se extinguió en México en la última década del siglo XX, como consecuencia

de una larga lucha para ponerle término, de la entronización neoliberal y de la insurrección zapatista. Aún no se instala cabalmente un sustituto de ese régimen. En la disputa por definir los términos del nuevo, dentro de la transición política actual, los poderes constituidos han estado demoliendo los restos del antiguo régimen pero utilizando sus dispositivos autoritarios para un ejercicio de dominación tan cínico como brutal e incompetente. Necesitamos una conciencia clara de la nueva situación para orientar con precisión las luchas actuales, a sabiendas de que la crisis mexicana es espejo de la mundial. Su naturaleza, causas y consecuencias deben examinarse en el contexto global.

LA AGONÍA DEL DESARROLLO Y EL IMPERIO

En 1945 Estados Unidos era una formidable máquina productiva. Producía la mitad de la producción mundial registrada. Europa y la Unión Soviética habían quedado devastadas por la guerra. Japón estaba ocupado, por Estados Unidos. Los países del llamado Sur eran colonias europeas o no pintaban, ni económica ni políticamente.

Estados Unidos poseía notable autonomía. Sus exportaciones e importaciones representaban sólo 4% de su producción. Podían bajar la cortina y nada pasaría en su vida cotidiana. Era acreedor mundial. Por eso se aceptó en Bretton Woods que el dólar fuera moneda mundial de reserva y que todos los países, menos uno, tuvieran que sujetarse a las nuevas reglas. Tenía la hegemonía política. Impuso en el estatuto de Naciones Unidas y en todas las instituciones de la época su sello específico. Y tenía la hegemonía cultural. Era el momento estelar de Hollywood, cuando el cine que todos corríamos a ver nos mostraba el *American Way of Life* como lo más cercano al paraíso.

Pero los estadounidenses querían algo más. Necesitaban hacer enteramente explícita su nueva posición en el mundo. Querían consolidar su hegemonía y hacerla permanente. Para esos fines, concibieron una campaña política a escala global que portara claramente su sello. Concibieron incluso un emblema apropiado para identificar la campaña. Y eligieron cuidadosamente la oportunidad de lanzar uno y otra –el 20 de enero de

1949-. Ese día, cuando el presidente Truman tomó posesión, se abrió una era para el mundo: la era del desarrollo.²

Debemos emprender un nuevo programa audaz que permita que los beneficios de nuestros avances científicos y nuestro progreso industrial sirvan para la mejoría y el crecimiento de las áreas subdesarrolladas. El viejo imperialismo –explotación para beneficio extranjero– no tiene ya cabida en nuestros planes. Lo que pensamos es un programa de desarrollo basado en los conceptos de un trato justo democrático (Truman, 1967).

Al usar por primera vez en este contexto la palabra “subdesarrollo”,³ Truman cambió el significado de “desarrollo” y creó el emblema, un eufemismo, empleado desde entonces para aludir de manera discreta o descuidada a la era de la hegemonía norteamericana.

Nunca antes una palabra había sido universalmente aceptada el mismo día de su acuñación política. Una nueva percepción de uno mismo y del otro quedó establecida de pronto. Doscientos años de construcción social del significado histórico-político del término “desarrollo” fueron objeto de usurpación exitosa y metamorfosis grotesca. Una propuesta política y filosófica de Marx, empacada al estilo estadounidense como lucha contra el comunismo y al servicio del designio hegemónico de Estados Unidos, logró permear la mentalidad popular, lo mismo que la letrada, por el resto del siglo.

El subdesarrollo comenzó, por tanto, el 20 de enero de 1949. Ese día, dos mil millones de personas se volvieron subdesarrolladas. Dejaron de ser lo que eran, en toda su diversidad, y se convirtieron en un espejo invertido de la realidad de otros: un espejo que los desprecia y los envía al final de la cola, un espejo que reduce la definición de su identidad, la de una mayoría heterogénea y diversa, a los términos de una minoría pequeña y homogeneizante.

Truman inauguró el ejercicio imperial estadounidense, que se había intentado practicar por muchas décadas pero sólo al final de la segunda Guerra Mundial se hizo plenamente posible. Cuando Truman señaló: “El viejo imperialismo... no tiene ya cabida en nuestros planes” dio a Estados

Unidos un papel activo en el desmantelamiento de los últimos imperios europeos... a fin de establecer el estadounidense.

Cuarenta años después, al término de la Guerra fría, la hegemonía de Estados Unidos había desaparecido, salvo en el plano militar. Aunque Gorbachov y Bush acariciaron por un tiempo la idea de un Nuevo Orden Mundial, que reflejara una correlación de fuerzas diferente, el colapso de la Unión Soviética permitió a Estados Unidos abrigar la ilusión de que podía restablecer su posición en el mundo. Con el nuevo siglo se empezó a hablar en Washington del imperio estadounidense y, conforme a la tradición, se desplegaron las fuerzas que quedaban en la agonía para pretender que Estados Unidos era más fuerte y poderoso que nunca. No se logró así disimular el hecho de que su capacidad imperial efectiva había llegado a su fin. Aquel despliegue contribuyó claramente a acelerar la decadencia.

Estados Unidos produce hoy menos del 30% de la producción mundial (frente a más de 50% en 1945). Es uno entre otros actores económicos, algunos de mayor tamaño. Es deudor mundial (cuando era acreedor mundial en 1945). Se empieza a abandonar el dólar como moneda de reserva. Sólo para continuar operando, Estados Unidos necesita dos mil millones de dólares diarios, o sea, ese país se vende al mejor postor a razón de dos mil millones de dólares al día. Su comercio exterior representa la quinta parte de su economía. Se ha vuelto enteramente interdependiente.

Todavía logra capturar cabezas y corazones en todo el mundo, pero ha perdido la hegemonía cultural.

Sus pretensiones imperiales actuales pretenden sustentarse en su poder militar indiscutible. Es actitud de aprendices sin conocimiento histórico y político. Hace 200 años, cuando otros aprendices quisieron utilizar con fines parecidos los ejércitos napoleónicos, más poderosos que los de todos los demás países juntos –como el de Estados Unidos hoy–, se dice que Napoleón les dijo: “Las bayonetas sirven para muchas cosas, menos para sentarse en ellas”. Con esta metáfora espeluznante les hacía ver que con el ejército y la policía se puede destruir un país, pero no gobernarlo, como Estados Unidos ha estado aprendiendo en Iraq.

Estados Unidos carece ya de la capacidad imperial que tuvo. El ejército no puede dársela. La restauración es imposible. No se puede dar marcha

atrás en la historia. Como Marx observó alguna vez, cuando la tragedia se representa por segunda vez resulta farsa. Es cierto que esta farsa puede volverse trágica, pero no podrá restablecerse lo que ya terminó. Uno de los principales desafíos de los actuales dirigentes estadounidenses consiste en hacer tragar a su pueblo, sin excesivo conflicto, la amarga píldora del fin del ejercicio imperial. Tiene para ello la ventaja de que un número significativo de estadounidenses, por las más diversas razones, desde todos los extremos del espectro ideológico, ha mantenido siempre muy serias reservas sobre esa condición impulsada por sus gobiernos. Sin embargo, no parecen adecuadamente preparados para aceptar los sacrificios que el desmantelamiento impondrá. Las lecciones precipitadas que les está dando la crisis no son el mejor contexto para prepararlos.

La hipótesis del fin del imperialismo estadounidense es todavía muy controvertida. Estados Unidos sigue teniendo un inmenso poder económico y militar. Como ocurrió en la era Bush, puede aún utilizarlo con fines de dominación y al servicio del capital corporativo. Sin embargo, no hace falta asumir esa hipótesis o la de Hardt y Negri (2002), en cuanto a la imposibilidad actual de que un país o grupo de países ejerza facultades imperiales, para reconocer que la clara decadencia del poder estadounidense (Wallerstein, 2003) es un factor de enorme importancia para entender la crisis actual y, sobre todo, para explorar las perspectivas que abre.⁴

LA LIQUIDACIÓN DEL NEOLIBERALISMO VULGAR

Victorioso al final de la Guerra fría, Estados Unidos percibió que el “desarrollo”, el emblema de su hegemonía, se había convertido en una bandera deshilachada: no podía ya cumplir su función de atrapar la fantasía mundial y movilizar a las masas en una carrera subordinada hacia el *American way of life*. En la búsqueda de un nuevo emblema, apelaron al de la globalización para aludir ya no solamente a la universalización de un modo de vida sino de un estilo de sociedad, bajo su hegemonía.

Truman se vio obligado a mentir repetidamente a fin de disimular el hecho de que el Programa del Punto IV –para el que se acuñó la palabra subdesarrollo– no era sino un lema vacío con fines propagandísticos (ver

Halle, 1964 citado en Rist, 2001: p. 22). El lema de la globalización nació con vaciedad semejante, pero con un sentido claro: intentó ser emblema de la maniobra para dar un sello claramente estadounidense a la vieja ambición de occidentalizar el mundo, implementada en los últimos 500 años a través de su integración en la órbita occidental. Sería la culminación del viejo proyecto globalizador para transformar a cada hombre y mujer del planeta en *homo economicus*, el individuo posesivo nacido en Occidente que es condición de existencia del capitalismo. El proyecto se presentaría ahora al mundo con dos máscaras atractivas: una política, la democracia, y una ética, los derechos humanos. Sustituirían las banderas ya obsoletas de la religión y la civilización, empleadas en los colonialismos previos.

La vaciedad del lema se hizo evidente al adoptarse el Consenso de Washington como el nuevo catecismo universal, pronto llamado neoliberalismo. No existió un consenso real, sino una mera coincidencia en las instituciones con sede en Washington en cuanto a sus recomendaciones de política para América Latina (Williamson, 1990). La colección de instrumentos de política así adoptados⁵ carece de coherencia política o metas explícitas y su orientación ideológica se radicalizó en el enfoque simplista que se llamó “fundamentalismo de mercado”.

El Consenso de Washington murió pronto y de muerte natural. Antes de que el primer ministro Brown lo anunciara oficialmente en Londres, después de la reunión del G20 en marzo de 2009, el Banco Mundial lo había enterrado, en su informe anual de 2007, y los presidentes latinoamericanos, algunos de los cuales se encontraban entre sus más fervorosos promotores, organizaron el funeral en El Salvador, a finales de 2008.

El emblema de la globalización no pudo ya cumplir la función que por 40 años cumplió el del desarrollo, tanto por la pérdida de hegemonía real de Estados Unidos como por la resistencia que la propuesta encontró desde su lanzamiento. Los viejos lemas, apenas renovados, no capturaron ya la imaginación general. Una variedad de personas y grupos, por muy distintas razones, empezó a oponerse activamente a las nuevas propuestas. A partir de Seattle, el movimiento antiglobalización se volvió muy visible y cada vez más efectivo. Circulan ya libros y ensayos con la expresión “des-globalización” en el título.

Los dirigentes que han estado escribiendo los obituarios del Consenso de Washington, sin embargo, sólo pretenden modificar la distribución de funciones entre el mercado y el Estado sin cambiar de orientación. Finalmente, la liquidación de esta versión del neoliberalismo constituye un episodio secundario en la confrontación en gran escala que define la crisis actual. Su carácter debe examinarse en esa perspectiva.

LA NATURALEZA DE LA CRISIS

1) La ruptura epistémica

Los medios, la academia y los dirigentes políticos propalan aún que la crisis actual, así sea la más severa desde 1929, es sólo una más de las que caracterizan al capitalismo desde su nacimiento y se esmeran en examinarla con los instrumentos analíticos correspondientes, a fin de sembrar optimismo con pronósticos de una pronta recuperación. Para este fin, se recurre a menudo a los precedentes, que permiten a la vez constatar un drama recurrente y la capacidad de salir de él.⁶

Como se verá enseguida, sin embargo, aunque es teóricamente posible que se produzca una nueva fase de expansión capitalista, no es probable que así ocurra. Y en todo caso, lo que no es posible es sustentar esas afirmaciones optimistas en un análisis riguroso. El pasado 15 de diciembre Klaus Zimmermann, uno de los más prominentes economistas alemanes, denunció la confusión que sus colegas están creando con sus predicciones y propuestas. Le pareció que actuaban como charlatanes, porque los modelos que todos emplean para sus análisis y previsiones no incluyen crisis financieras como las actuales. Puede saberse que la situación es muy grave, pero no qué tan grave es ni qué se puede hacer.⁷

Robert M. Solow, Premio Nobel de Economía y profesor emérito de economía del MIT, señaló el pasado 16 de abril:

Nadie puede saber cuánto durará la recesión actual y cuán profunda será. Ello se debe a que la peligrosa combinación de una recesión “real” –el desempleo y la capacidad productiva ociosa que vienen con la falta de demanda– y el colapso financiero, cada uno de los cuales es causa y efecto del otro, hace la situación

más compleja, más inestable, más vulnerable a imponderables psicológicos, y más alejada de la experiencia previa.⁸

George Soros, por su parte, que ha ganado miles de millones de dólares gracias a su profundo conocimiento del mercado de valores, señaló lo siguiente:

[...] El sistema financiero cayó por su propio peso, lo cual contradice el punto de vista prevaleciente en relación con los mercados financieros, en el sentido de que tienden al equilibrio y que fuerzas sin conexión con ellos, choques externos, perturban ese equilibrio. Se supone que tales perturbaciones ocurren de manera aleatoria. Los mercados serían básicamente capaces de corregirse a sí mismos. Se ha demostrado que este paradigma es falso. No sólo estamos lidiando ahora con el colapso del sistema financiero, sino con el colapso de una concepción del mundo (*The New York Review of Books*, vol. 56, núm. 10, 11 de junio de 2009).

El espectáculo que ofrecen hoy los dirigentes políticos y los expertos en relación con la crisis guarda clara analogía con una aberración de la naturaleza: si se corta de tajo la cabeza de una gallina, su cuerpo seguirá corriendo desasosegadamente hasta que se derrumbe por pura inercia. Como gallinas sin cabeza corren en la actualidad quienes pretenden estar retomando los hilos del control de la economía, que sorprende a todos, todos los días y en todas partes, con sus vaivenes cada vez más desorbitados e impredecibles. Parece cada vez más claro que los dispositivos teóricos y políticos dominantes no permiten captar la naturaleza de la crisis actual y menos aún ponerle remedio. Quienes se muestran satisfechos con la reivindicación del Estado en la conducción de la economía parecen olvidar la función que ha cumplido en la sociedad capitalista y la profundidad de su decadencia en la era de la globalización.⁹

Merece ser considerada la hipótesis de que se ha producido una auténtica ruptura epistémica que afecta las bases de operación del sistema, que no puede operar sin mutua confianza entre los agentes y sin capacidad de previsión. Las medidas que se están tomando podrán lidiar

tarde o temprano con el colapso del sistema financiero, pero de acuerdo con la experiencia histórica tendría que pasar más de una generación para dejar atrás la crisis de confianza que se produjo, tanto en hombres y mujeres ordinarios que perdieron sus casas, fondos de pensiones y modestas inversiones y ahora pierden empleos y lo que quedaba de su red de seguridad, como en los operadores del sistema que confiaron ciegamente en las previsiones convencionales y en los modelos matemáticos que empezaron a determinar las decisiones financieras a partir de los años noventa, en los términos que se examinarán más adelante. Lo que George Soros ha llamado “reflexividad” en el sistema financiero es lo que se acostumbra llamar “convenciones de coordinación”: una anticipación basada en el comportamiento probable de los demás. Jean Robert aclara con precisión lo que se ha roto:

Invierto en el banco porque creo que “mis” acreedores y prestatarios cumplirán sus obligaciones para que ellos también puedan, en su oportunidad, invertir sus ganancias con la misma confianza en el futuro con la que yo invertí. En realidad, no deposito mi confianza en ningún acreedor particular, sino sólo en los mecanismos financieros. La “confianza” en la moneda, en el banco y en el futuro de las instituciones financieras es la gran convención de coordinación que ofrecía a los jugadores un punto exterior en el cual apoyarse como si se tratara de “hechos objetivos”. Este punto exterior, garante de la confianza general en el sistema financiero, ha sido desarraigado como una vieja mojonera; se le desplazó, pero nadie sabe adónde (Robert, 2009).

Es probable que la confianza perdida nunca se recupere y que la incapacidad de previsión, que se examina más adelante, se convierta en uno de los factores determinantes de la caída final del sistema.

2) La ruptura con la tradición

Se ha estado comparando la crisis actual con la de 1929. Existen evidentes semejanzas entre las dos, que fueron desatadas por maniobras especulativas, la resistencia de los capitalistas a invertir en la producción, la combinación de sobreproducción y subconsumo, la consecuente caída en

la tasa de ganancia, y otros factores similares. Existe, sin embargo, una profunda diferencia entre las dos. No se trata ya de un mero “desequilibrio”, que forma parte de la dinámica capitalista ordinaria, sino de una crisis que afecta las bases mismas de la estabilidad social y pone en cuestión la supervivencia misma del sistema.

Para analizar esta perspectiva, es sin duda útil la contribución de Wallerstein (ver entre otros 2005a) que hace varias décadas examina la crisis estructural del capitalismo. Considera que ha entrado en su fase terminal. Esta fase habría comenzado al final de los años sesenta, cuando la Revolución de 1968 sacudió las estructuras del saber y dislocó las bases de la economía-mundo capitalista, socavando las condiciones que hasta entonces la protegían de diversos impactos políticos y culturales. Para Wallerstein, el impacto de 1968 fue posible porque habían aparecido ciertas tendencias estructurales del capitalismo que hicieron imposible sobreponerse a las nuevas dificultades. Esta fase terminal, que podría durar aún 25 a 50 años, representa una *bifurcación*: la condición que aparece en un sistema cuando sus dificultades ya no pueden ser resueltas dentro del marco en que opera (ver en particular 2005b:105 y ss.).

Sin embargo, necesitamos un acercamiento más preciso a lo que está ocurriendo para poder captar su significado y, en particular, para explorar las posibilidades de que el coctel peculiar de monetarismo y keynesianismo que actualmente se está aplicando pueda funcionar. El coctel mismo parece derivarse de la experiencia. Ben Bernanke, el actual director de la Reserva Federal en Estados Unidos, era un estudioso de la crisis de 1929. La principal lección que aprendió de esa experiencia fue la necesidad de la intervención gubernamental inmediata. En 1929 las autoridades resistieron las demandas de mayor liquidez y permitieron la bancarrota generalizada de los bancos: los paleo-neoliberales asesores de Hoover consideraban que el sistema podría corregirse a sí mismo mediante una destrucción o devaluación suficientes de diversas formas del capital, como respuesta a su acumulación excesiva. En cuanto a las propuestas de Keynes, se formularon apenas en 1934. En la crisis actual, inmediatamente después de permitir el colapso de Lehman Brothers –una de las joyas de Wall Street– se inundó de liquidez el mercado y poco después se iniciaron las

operaciones de salvamento de los bancos y otras instituciones financieras y la aplicación de los remedios keynesianos. Estas reacciones rápidas han impedido, sin duda, la profundización y extensión de la catástrofe financiera. Sin embargo, independientemente de sus inmensos costos a mediano y largo plazo y de la incertidumbre sobre sus impactos reales en el corto plazo, han sido concebidas y aplicadas bajo el supuesto de que se trata de crisis de naturaleza semejante, aunque ocurran a otra escala y bajo diferentes circunstancias. Y esto es lo que necesita ser sometido a examen crítico.

El *Nuevo Trato*, como se llamó el paquete de políticas que aplicó el presidente Franklin D. Roosevelt ante la Gran Depresión era ante todo una respuesta política a la movilización de los “trabajadores”.¹⁰ Era ésta, más que las contradicciones estructurales del sistema, lo que ponía en peligro su supervivencia. El *Nuevo Trato* contenía tres elementos¹¹:

a) *Integración institucional de los trabajadores*. El reconocimiento de los sindicatos, la flexibilización de los procedimientos legales para su constitución y el respaldo de un sistema ordenado de negociación entre el capital y el trabajo dio un cauce institucional a las luchas que se habían emprendido a raíz de la crisis y se volvían cada vez más amenazantes. En México esta operación constituyó el “beso del diablo”, pues el amplio apoyo a las centrales obreras las corporativizó e insertó directamente en la estructura del poder estatal, donde empezaron a quedar bajo control de las clases políticas.

b) *Acuerdo de productividad*. El acuerdo implicó aceptar que a cambio de un aumento sostenido en los salarios reales se obtendrían incrementos en la productividad de los trabajadores asalariados.

c) *Creación del “estado de bienestar”*. Se pactó una “red de seguridad social” que abarcó la educación, la salud, el seguro de desempleo y otros aspectos.

Estos tres componentes se complementaban con los remedios keynesianos propiamente dichos: el gasto público masivo, particularmente en obras de infraestructura, para generar la demanda que el capital era incapaz de crear y generaba el subconsumo. Se produjeron así los “30 años gloriosos”, como los llaman los analistas franceses. El incremento continuado de los salarios reales, el creciente poder de los sindicatos y

la ampliación continua de la red de seguridad social pudieron darse como expresión de una expansión capitalista espectacular.

En las décadas de los años sesenta y setenta, sin embargo, a partir de esos avances políticos y económicos, pero también por el intercambio desigual y el legado de racismo y sexismo predominantes en la división internacional del trabajo, se produjeron de nuevo amplias movilizaciones de “trabajadores” que adoptaron muy diversas formas, desde las escuelas y las fábricas hasta las cocinas, las comunas *hippies*, los plantones y la guerra de guerrillas. Los acuerdos keynesianos fueron socavados desde su base, dentro de cada país y a escala internacional (incluyendo la Revolución mundial de 1968 a que se refiere Wallerstein), y pusieron de nuevo en riesgo la supervivencia del sistema. La respuesta del capital a estas luchas es lo que propiamente constituiría la “globalización neoliberal”, muy anterior al Consenso de Washington. Su propósito principal era dismantelar los avances conseguidos por los “trabajadores” y regresar a la situación anterior al *Nuevo Trato*... y a la crisis de 1929. La estrategia adoptó formas muy distintas, según las correlaciones de fuerzas existentes en cada país, pero en general comprendió la reubicación de los medios de producción, la des-territorialización del capital, el incremento de la competencia entre los trabajadores por la expansión del mercado de trabajo, el dismantelamiento del “estado de bienestar” y la expropiación de tierras (ver *Midnight Notes*, 1997).

La estrategia dismanteló todos los acuerdos anteriores, tanto los del *Nuevo Trato* como los de la Guerra fría y la relación con el Tercer Mundo:

a) *El acuerdo keynesiano*. Las huelgas de los controladores aéreos en Estados Unidos y de los mineros en Inglaterra, derrotadas por Reagan y Thatcher, fueron el detonador de una campaña exitosa de debilitamiento o liquidación de los sindicatos y la red de seguridad social, entre otras cosas mediante la amenaza –a menudo cumplida– de trasladar a otro país las fuentes de empleo.

b) *El acuerdo de la Guerra fría*. El colapso de la Unión Soviética y de los regímenes socialistas de Europa oriental y la decisión del Partido Comunista Chino de intentar la vía capitalista no sólo produjeron desaliento y desconcierto en las filas de los “trabajadores”. Modificaron también, en

forma significativa, las correlaciones internas de fuerzas y los márgenes de maniobra acordados bajo el manto de la Guerra fría.

c) *El acuerdo poscolonial*. El fin de los imperios europeos y la ola de emancipación que cundió por el llamado Tercer Mundo crearon oportunidades y condiciones que muchos países aprovecharon para avanzar en su propia construcción independiente. La crisis de la deuda, en la década de los años ochenta, creó la oportunidad de imponer a todos ellos los programas de Ajuste Estructural, concebidos en el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, con base en los cuales se dismanteló gran parte de los avances obtenidos en los 30 años anteriores.

La terminación de estos acuerdos representó también la liquidación de la tregua social pactada a raíz de la Gran Depresión entre los “trabajadores” y el capital, la cual garantizaba la estabilidad social mientras aquéllos siguieran generando ganancias y éste empleos. El fin de la tregua significó, entre otras cosas, una nueva ola de movilizaciones de los “trabajadores”. Más que ninguna otra cosa, la estrategia neoliberal produjo batallones de descontentos, muchos de los cuales carecían ya de las vías “institucionales” para expresar sus reivindicaciones. Al mismo tiempo que se movilizaban quienes habían perdido sus empleos, sus pensiones y su red de seguridad social y quienes reivindicaban mejores salarios y condiciones de trabajo (o sus equivalentes en la fábrica social), adquirieron creciente visibilidad y eficacia aquellos que resistían la creciente destrucción del mundo natural, que en este periodo llegó a extremos insoportables.

El levantamiento zapatista en 1994 puede verse en este contexto como el detonador de una movilización global, cada vez más articulada, que representó un cuestionamiento radical del sistema, más allá de cualquier reivindicación específica. Hasta ese momento, unos veían la globalización como promesa y otros como amenaza, pero todos tendían a verla como una realidad que era preciso aceptar. Como han reconocido todos los grandes movimientos antisistémicos a partir de Seattle, los zapatistas fueron los primeros en sostener con firmeza un rechazo radical. Además, dieron una nueva forma a la lucha política y a la posibilidad de articular los movimientos sociales con el enfoque de un “NO” y muchos “SÍes”: la concepción asociada con la idea de construir un mundo en que quepan

muchos mundos, desde un rechazo radical del capitalismo, propicia la convergencia y concertación de cuantos comparten este rechazo, el “NO” común, pero reconocen la pluralidad real del mundo y la diversidad de culturas e ideales de vida, los múltiples “SÍes” de los diferentes.

Por todas estas condiciones, aunadas a la cuestión de escala que se examina más adelante, la crisis actual difiere profundamente de la de 1929. No sólo es imposible enfrentarla con los instrumentos que en aquélla hubieran resultado eficaces, de aplicarse desde un principio, o los que permitieron salir de la Gran Depresión. No parece tener solución –dentro del marco del sistema–. Una de las razones de esto es la fuga al sistema financiero que el capital adoptó ante aquellas movilizaciones y las condiciones que él mismo había creado.

3) *La ruptura con la economía real*

Ha dicho George Soros:

El sistema financiero que conocemos en realidad se colapsó. Después de la bancarrota de Lehman Brothers el 15 de septiembre, el sistema financiero realmente dejó de funcionar. Tuvo que ser puesto bajo un sistema artificial de mantenimiento de su vida. Al mismo tiempo, el choque financiero tuvo un tremendo impacto en la economía real, y la economía real entró en caída libre, lo cual fue global (*The New York Review of Books*, vol. 56, núm. 10, 11 de junio de 2009).

¿Cómo fue que esto ocurrió? ¿Cómo se produjo la separación, la fuga a lo que se ha llamado la “financiarización” de la economía?

En los diagnósticos convencionales, la caracterización de la llamada “crisis financiera” conduce habitualmente al empleo de términos y condiciones que resultan enteramente incomprensibles para los no iniciados. Sin embargo, lo ocurrido en estos años puede describirse en términos bastante simples:

a) *Hipotecas sin garantía*. Contra las tradiciones de los bancos, otorgaron hasta la cuarta parte de los nuevos créditos hipotecarios a compradores que no tenían capacidad de pago.

b) *Venta de deuda en esquemas piramidales.* Paquetes de deudas fueron incluidos en bonos, que se colocaron en el mercado, y los bonos se incorporaron a otros bonos en una cadena que llegó a siete etapas. El edificio entero quedaba colgado de los créditos originales.

Los bancos y los operadores financieros confiaban en que los inmuebles para comprar, para los cuales se habían otorgado créditos, mantendrían o elevarían su valor, como había ocurrido desde 1945. Si los deudores dejaban de pagar, como era previsible, los inmuebles operarían como garantía eficaz, con ganancias especiales en toda la secuela: la sobretasa en estos créditos, las comisiones en el otorgamiento del crédito y su recuperación, etc. No prestaron demasiada atención en las múltiples advertencias de que la “burbuja especulativa” con bienes inmuebles tendría que estallar y se produciría una caída duradera en sus precios, porque confiaban ciegamente en que el gobierno intervendría en caso de dificultad –un supuesto que se ha cumplido sólo para algunos de ellos–. Se produjo efectivamente el estallido de la “burbuja”: ha caído el valor de los bienes inmuebles en casi todas partes. Los deudores, como era de esperarse, fueron incapaces de pagar sus deudas: más de tres millones de personas han perdido sus casas, sólo en Estados Unidos. Los inmuebles no pudieron ya operar como garantía: en su mayoría no han podido venderse o tendrán que entregarse por un valor inferior a la deuda original. Y esto ha tenido un típico efecto dominó en todos los tenedores de las cadenas de bonos que hasta ahora ha resultado imposible localizar. Los “activos tóxicos”, como ahora se les llama, han contaminado todo el sistema. El gobierno de Estados Unidos está sometiendo a todos los bancos en problemas a pruebas sofisticadas, para depurarlos de esos activos, cuyo destino aún no se decide, y después devolver lo que quede, supuestamente sano, a la operación normal del mercado.

En todas estas operaciones hubo, sin duda, codicia irresponsable de unos cuantos, particularmente de los operadores del sistema financiero que crearon los nuevos instrumentos y obtuvieron exorbitantes comisiones sin rendir cuentas a nadie. Esto fue posible porque en la década de los noventa Wall Street fue invadido por una plaga de especialistas que emplearon modelos matemáticos para diseñar los nuevos instrumentos financieros y apostaron a la continuación indefinida de las tendencias observadas.¹²

Lo importante, sin embargo, no es tanto ponderar la irresponsabilidad y cinismo de los operadores del sistema, sino explorar por qué su actuación misma resultó posible. Todo inversionista anda continuamente en búsqueda de la más alta ganancia asequible. Por un tiempo, tras la liquidación del keynesianismo, la estrategia neoliberal dio a los capitalistas la más alta ganancia en la producción real, aumentando la tasa de explotación mediante la reducción de los salarios y del capital constante (particularmente el precio de las materias primas). Obtuvieron resultados espectaculares, hasta que la tasa de ganancia empezó a contraerse y se vieron compelidos a fugarse al sistema financiero, cuya desregulación abrió oportunidades inesperadas de ganancia.

En este punto conviene subrayar un hecho muy conocido pero que se disimula en el análisis convencional. El dinero no hace dinero; las ganancias no vienen del dinero sino del capital, y éste es una relación, no un bien. Esa relación opera en la economía real, en el sistema productivo. Las ganancias que se “obtienen” en el sector financiero o comercial son ganancias sustraídas al sector productivo –que se ve obligado a cederlas por su dependencia creciente del sistema financiero.

La fuga de los inversionistas al sistema financiero, por tanto, formó un típico círculo vicioso, al secar la economía real y contribuir a una caída adicional de la tasa de ganancia en ella. Se profundizó así la crisis. No se trataba ya, solamente, de sobreproducción de mercancías, lo que ocurre continuamente, en forma sectorial, y se corrige con pérdidas localizadas; aunque llegue a abarcar todos los sectores, como empieza a ser el caso, existen dispositivos de ajuste dolorosos aunque eficaces. El exceso es ahora de dinero que no puede convertirse en capital, lo que reduce aún más la ganancia, exige una destrucción masiva del capital y desata la depresión.

Lo más importante, en todo caso, es el origen de la contracción de las ganancias en la economía real, que llevó a la fuga al sistema financiero y debe atribuirse claramente a las luchas de los “trabajadores” en todos los puntos del proceso productivo y en todos los países. Según el colectivo *Midnight Notes y amigos* (2009), entre los principales factores que determinaron el fracaso de la estrategia neoliberal se encuentran la insuficiencia de los arreglos institucionales,¹³ la incapacidad de someter

la industria energética a las exigencias neoliberales¹⁴ y de controlar el nivel de los salarios¹⁵ y los recursos naturales,¹⁶ y la internalización de los costos ambientales.¹⁷ En todos los casos, se trata de luchas de los “trabajadores” que bloquearon el avance de la estrategia neoliberal, lo que llevó a una típica crisis de realización: la combinación de sobreproducción con subconsumo. Los capitalistas no pudieron ya vender la inmensa masa de bienes que habían generado con la estrategia neoliberal a mercados cada vez más contraídos por la reducción o estancamiento de los salarios.

4) La ruptura de la escala

Los remedios keynesianos que se adoptaron a partir de 1929 para impedir los efectos cada vez más dolorosos y perturbadores de los ciclos económicos agravaron el problema, en vez de resolverlo. Las acciones compensatorias realizadas por los gobiernos sólo frenaban y escondían las fuerzas cíclicas recesivas, sin eliminarlas. Si bien esto permitió un crecimiento económico sin precedente, en los “30 años gloriosos”, produjo un nuevo tipo de fenómeno desconocido para la teoría económica. Las actividades económicas alcanzaron una magnitud que desborda toda posibilidad de control humano. Keynes mismo previó esta situación. Anticipó que los gobiernos llegarían a adoptar plenamente las políticas que recomendaba cuando ya se hubieran vuelto obsoletas y peligrosas.

La arrogancia y codicia irresponsables de los últimos 20 años llevó la situación a un callejón sin salida. En un sentido riguroso, puede decirse que no fueron tanto las leyes de la evolución económica, las contradicciones estructurales del capitalismo, lo que está precipitando su destrucción actual; se trata de un peculiar suicidio, en que se combinaron mafiosamente los ideólogos del fundamentalismo del mercado con los ambiciosos gerentes del gran capital, cuando rebasaron el límite que imponían las luchas de los “trabajadores”.

Los controles gubernamentales que ahora se pretende aplicar, para someter a regulación los desordenados comportamientos del mercado, sólo podrían tener éxito si se cumplieran dos condiciones claras: perfecta visibilidad y margen de seguridad. Las dos resultan ya imposibles.¹⁸

Leopoldo Kohr, el creador de la teoría de la morfología social, el maestro de Schumacher, señaló hace tiempo que las fluctuaciones económicas no se deben ya a los ciclos clásicos sino a la escala actual de las actividades económicas. En vez de ciclos económicos hay ahora ciclos de tamaño o de escala, por la dimensión de los cuerpos políticos que intervienen. A diferencia de los ciclos económicos convencionales, según Kohr, los de tamaño “no son disminuidos sino magnificados por la integración económica, el crecimiento y el efecto expansivo de los controles gubernamentales” (Kohr, 1993: 8).

Ante el desorden actual, la arrogancia ideológica de los dirigentes públicos y privados del imperio capitalista global les impide captar la naturaleza de la crisis actual y los impulsa a tomar, de manera refleja, medidas de alcances cada vez mayores que no hacen sino agravar la situación. Conscientes de que los fenómenos actuales rebasan por completo la capacidad de acción de cualquier país, así sea el más grande, como Estados Unidos, o de cualquier bloque de países, como la Unión Europea, abrigan la ilusión de que la suma de todas las potencias económicas logrará concebir e implementar medidas gigantescas, a la escala de lo que parece estar ocurriendo. Fracasaron en noviembre de 2008, cuando se reunieron en Washington; volvieron a fracasar en abril, cuando se congregaron en Londres. Mientras mayores sean las acciones, más devastadores serán sus efectos.

Leopold Kohr ofreció evidencias claras de que Keynes tenía razón y de que, desde hace décadas, las políticas que llevan su nombre han estado agravando los problemas que pretenden corregir y que hoy se siguen aplicando mecánicamente, como si nada hubiera ocurrido. Aunque teóricamente es posible abrir un nuevo ciclo de expansión capitalista, no parece tener factibilidad política, porque las actuales estructuras de poder no pueden realizar lo que hace falta: devolver escala humana a los cuerpos políticos en que se toman las decisiones.

Si el problema que enfrentamos es cosa de tamaño, no de ciclo económico, en vez de intentar un aumento de los controles gubernamentales para que igualen la escala de la nueva clase de fluctuaciones económicas, lo que se necesita es “reducir el tamaño del cuerpo político que les proporciona

su escala devastadora, hasta que vuelva a igualarse con el talento limitado de que disponen los mortales ordinarios, que integran todos los gobiernos, hasta los más majestuosos” (Kohr, 1993: 8).

En vez de eso, los dirigentes políticos y económicos que siguen asolando el planeta conciben medidas cada vez más desorbitadas, como la reciente propuesta de gastar entre siete y diez por ciento del producto bruto global, diez veces más de lo planteado hasta ahora, para operar nuevos rescates y medidas de estímulo.

LA PERSPECTIVA

Es posible, aunque no probable, que el tratamiento prescrito por un pragmatismo dictado por la emergencia permita estabilizar la economía global y reducir las turbulencias financieras; será aún más difícil reanimar la economía real.¹⁹ Podría darse así el paso a un penoso y prolongado periodo de conflictiva estanflación a escala global: la inflación se agregaría a los dramas de una economía real estancada, con altos niveles de desempleo y grave deterioro en las condiciones de vida generales. El proceso crearía nuevos desequilibrios, pues algunos países podrían mantener buen ritmo de crecimiento económico, con menos inflación y algunas mejoras sociales, mientras otros sufrirían un agudo deterioro. Esta evolución sólo parece posible si se adoptara una estrategia abiertamente contraria a las prescripciones neoliberales: nacionalización o estricta regulación del sector financiero, un keynesianismo “verde”, ampliación de la red de protección social, proteccionismo abierto o disimulado, pronunciados déficit fiscales, manipulación de tasas de interés y tipos de cambio, etc. Como esta evolución no podría evitar la intensificación de la movilización de los “trabajadores” y los conflictos sociales, tendería a derivar a cualquiera de los dos escenarios más probables.

Es cierto que las crisis han sido históricamente empleadas contra los “trabajadores”. Es cierto que la incertidumbre que provocan, la pérdida real de condiciones de subsistencia o el miedo a perder lo que se tiene, y el desorden característico de toda crisis profunda pueden paralizar a mucha gente y por lo menos desarticular sus empeños o causar desconcierto y

confusión en la mayoría. Las crisis, además, tienden a aparecer como producto de acciones del capital y de sus administradores, en que el conjunto de la población queda reducido al papel de meros espectadores. La crisis actual no sólo se presenta de esa forma, sino que además aparece como la culminación de un largo periodo en que los grandes y poderosos habrían estado conduciendo unilateralmente al mundo, conforme al diseño neoliberal, hasta esta desembocadura catastrófica.

Pero las apariencias engañan. Como he tratado de mostrar en este ensayo, las estrategias del capital, incluyendo la crisis actual, han sido respuestas del capital a iniciativas y movilizaciones de los “trabajadores”, que podrían ahora emplear sus fuerzas y capacidades ya no sólo para resistir sino en una obra de transformación.

La estrategia de los poderes constituidos podría estar precipitando la liquidación del capitalismo, cancelando sus bases mismas de existencia, pero al mismo tiempo tienden a ampliar y profundizar el terrorismo de Estado que han ido preparando con diversos pretextos. No sería la continuación del capitalismo sino su negación autoritaria. Podríamos estar en la antesala de una forma enloquecida de ejercicio del poder, peor que los fascismos que conocemos, bajo la forma que la imaginación distópica de Orwell nos anticipó en *1984*. En este contexto, política y policía se vuelven sinónimos (Comité invisible, 2007).

En toda era se enfrentan dificultades y crisis y en todas se superan, en un día o en cien años. Cuando aparecen crisis que ya no pueden ser resueltas en los términos propios de cada era, surge la necesidad histórica de una nueva y se abre un parteaguas para pasar a ella. En eso estamos.

Termina ya la era que Wallerstein ha llamado la economía-mundo capitalista. Va a ser sustituida por otra. Pero la naturaleza y características de la nueva era no están escritas en las estrellas. La bifurcación está formada por posibilidades no sólo distintas sino contrapuestas. Necesitamos leerlas en el presente para poder optar, para que empiece la era que queremos y no la que tememos, mediante una articulación lúcida de los movimientos sociales que transforme en acción transformadora el descontento profuso, confuso y difuso que dejó el neoliberalismo.

Ante todo, como recomendaba Kohr, “en vez de centralización y unificación, tengamos localización económica”, una localización a cargo de nosotros, de la gente, no de las corporaciones o de los burócratas, más allá del libre comercio y del proteccionismo a la vez. Necesitamos reemplazar la integración de las grandes potencias y los mercados comunes con un sistema de diques de mercados locales interconectados, pero altamente autosuficientes, cuyas fluctuaciones económicas podrán ser controladas por la propia gente (Kohr, 1993: 8).

Es preciso dismantelar burocracias ineficientes y corruptas, cada vez más incapaces de reaccionar en la forma en que se requiere, pero no para privatizar las funciones del Estado, como hicieron los neoliberales, sino para socializarlas: dejarlas en manos de la gente, al devolver a los cuerpos políticos una escala adecuada. En ella, la cuestión del género volverá a tener la posición central que nunca debió haber perdido.²⁰

Es todo esto, por cierto, lo que parecen buscar actualmente muchos movimientos populares en México, que se resisten a rendir sus experiencias de autogobierno real a una democracia individualista y estadística, manipulada por partidos y medios, que en ninguna parte ha sido capaz de cumplir lo que ofrecen sus defensores. Al viejo lema del centralismo democrático, están oponiendo el *descentralismo*: parecen convencidos de que la democracia depende del localismo, de las áreas locales en que la gente vive. “Democracia no significa poner el poder en algún lugar distinto a aquél en que la gente está” (Lummis, 1996: 18).

La democracia radical que por ese camino se construye, sólo podrá establecerse plenamente cuando exista una nueva constitución, formal y real, de la nueva sociedad. La transición sólo define un proceso de reconstrucción de espacios políticos, en que la gente pueda ejercer libremente su poder y articular sus iniciativas, al tiempo que desgarrar la mitología política dominante. En el curso de esa transformación podrán surgir de las propias organizaciones populares los hombres y las iniciativas que restablezcan la autoconfianza. En el proceso, también se hará posible utilizar conscientemente procedimientos de regulación, que reconozcan la legitimidad del conflicto de intereses, asignen valor apropiado al precedente y sean formulados por hombres ordinarios, reconocidos por las comunidades

como sus representantes. Con base en una nueva Constitución, formulada por diputados constituyentes que no serían sino mandatarios de los poderes locales, podría recurrirse lúcidamente al procedimiento jurídico, dentro de un espíritu de oposición continua a la burocracia estatal o profesional, para llevar a cabo la transformación institucional que se requiere. Entre otras cosas, podrá modificarse por esa vía la organización del trabajo, para darle una forma convivial alternativa al modo industrial de producción, a cuya puerta Federico Engels inscribió: "*Lasciate ogni autonomia, voi che entrate!*" ("Dejad, al entrar, toda autonomía").²¹

Todo esto puede ser un relato ilusorio si el descontento actual no logra transformarse en un impulso sereno y esperanzado que conduzca al levantamiento pacífico y democrático que en México se ha planteado desde que los zapatistas lanzaron La Otra Campaña.

Hace un tiempo, una imagen parecía capturar bien el panorama dominante. Estamos, la humanidad entera, en un gran barco que atraviesa por una agresiva tormenta. En el cuarto de máquinas se han reunido todos los dirigentes: políticos, científicos, financieros, intelectuales, activistas... Disputan intensamente entre sí sobre las decisiones a tomar y tan ocupados están en el debate que no se dan cuenta que el barco ha comenzado a hundirse. Arriba, en cubierta, adonde se encuentra la gente, también hay disputa. No aparece el timón; algunos creen que todavía existe y luchan entre sí para apoderarse de él. Otros lo andan buscando, convencidos de que ha de andar por ahí. Algunos, desesperados, se lanzan al agua y empiezan a ahogarse. Los más, en pequeños grupos, en comunidades, encuentran o fabrican botes y balsas y se lanzan a navegar hasta que descubren que se encuentran en medio de un archipiélago y a sus playas se dirigen, para convertir cada isla en barco que les permita encontrar a otros.²²

No funciona ya esta imagen. Refleja bien lo que está ocurriendo pero no lo que hace falta hacer. Es cierto que ya no hay capitán ni timón y que el barco se hunde. Es cierto que algunos, empeñados en su individualismo, se lanzan a aventuras insensatas en que se ahogan. Y es cierto, finalmente, que muchos grupos están inventando mundos autónomos en sus propios espacios locales, dedicados a crear relaciones sociales más allá del capital y en abierta resistencia al sistema político dominante.

Pero el horno no está para bollos. Esas iniciativas en pequeña escala son claro anticipo de la sociedad por venir, pero tienen que realizarse a contrapelo de un sistema agresivo y hostil que los acosa continuamente y les causa grave desgaste. John Berger señaló, no hace mucho, que si se viera forzado a usar una sola palabra para describir la situación actual recurriría a la imagen de la prisión. En esa estamos. Aprisionados. Ahí se nos confina. Bajo esas condiciones, no podemos esperar al florecimiento autónomo de iniciativas aisladas, por la capacidad de destrucción y opresión de que aún disponen allá arriba. Es cierto que pelear es abominable, pero no debe causar tristeza entregarnos a esta militancia. Al conectar nuestros deseos con la realidad, entretejiendo rabias y descontentos en la acción, en vez de retirarlos a las formas de la representación teórica o política, les daremos cabal fuerza revolucionaria (Foucault, 1983: XIII).

Empieza así a ser posible pensar lo impensable: disolver la prisión del pensamiento único, el fatalismo de la costra capitalista dominante y hacer evidentes las inmensas cuarteaduras de la bóveda opresiva del capital y sus administradores. Podrá así establecerse con claridad que en los insumisos se encuentra la clave para que termine de caerse...

San Pablo Etlá, junio de 2009

REFERENCIAS

- Benson, W. (1942), "The Economic Advancement of Underdeveloped Areas", *The Economic Basis of Peace*, Londres: National Peace Council.
- Comité Invisible (2007), *L'insurrection qui vient*, Arles: La Fabrique Editions.
- Esteva, G. (1983), "Los tradifas o el fin de la marginación", *El Trimestre económico*, vol. L (2), núm. 198, abril-junio.
- Foucault, M. (1983), "Preface", G. Deleuze y F. Guattari, *Anti-Oedipus: Capitalism and Schizophrenia*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Hardt, M. y A. Negri (2000), *Imperio*, Buenos Aires, Barcelona, México: Paidós.
- Illich, I. (1982), *El género vernáculo*, México: Joaquín Mortiz/Planeta.

- Kohr, L. (1993), "Size Cycles", *Fourth World Review*, 54, 1992 (originalmente publicado en *El Mundo de San Juan*, 1958 y reproducido en *Opciones*, suplemento de *El Nacional*, núm.49, 26 de noviembre).
- Lummis, D. (1996), *Radical Democracy*, Ithaca y Londres: Cornell University Press.
- Midnight Notes (1997), *One No, Many Yeses* (www.midnightnotes.org)
- Midnight Notes Collective and Friends (2009), *Promissory Notes. From Crisis to Commons*, Jamaica Plain, MA: Midnight Notes.
- Rist, G. (2002), *The History of Development*, Londres: Zed Books.
- Robert, J. (2009), *La crisis económica: antecedentes y consecuencias*, texto en preparación.
- Sachs, W. (1992), *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*, Londres: Zed Books. Publicado en español como: *Diccionario del desarrollo: Una guía del conocimiento como poder*, Lima: PRATEC (1996) y México: Galileo Ediciones (2001).
- _____ (2007), "Upfront Reflections on 50 Years of Development", *Development*, 50-5.
- Truman, H. (1967), Discurso de investidura, 20 de enero de 1949, *Documents on American Foreign Relations* (Documentos sobre relaciones exteriores estadounidenses), Connecticut: Princeton University Press.
- Wallerstein, W. (2003a), *La decadencia del poder estadounidense*, México: Ediciones Era/Editores Independientes.
- _____ (2003b), *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, México: Siglo XXI Editores.
- _____ (2005a), *La crisis estructural del capitalismo*, San Cristóbal de Las Casas: CIDECI/Unitierra Chiapas y México: Ed. Contrahistorias.
- _____ (2005b), *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*, México: Siglo XXI Editores.
- Williamson, J. (1990) (ed.), *Latin American Adjustment: How Much Has Happened?* Washington, Institute for International Economics.

NOTAS

¹ Las dos empresas de CONASUPO sobrevivientes, LICONSA y DICONSA, cumplen en la actualidad funciones muy diferentes a las que tuvieron en la década de los años setenta.

² “Desarrollo” es en la actualidad un término gelatinoso que alude a un proyecto de construcción de viviendas, al despertar de la mente de un niño, a la parte media de una partida de ajedrez o a la nueva turgencia en el pecho de una quinceañera. Para dos terceras partes de la gente en el mundo, empero, desarrollo connota siempre por lo menos una cosa: la capacidad de escapar de una condición vaga, indefinible e indigna llamada subdesarrollo.

Dos mil millones de personas fueron subdesarrolladas cuando Truman propaló el término. Rara vez una palabra fue tan universalmente aceptada el mismo día de su acuñación política, como le ocurrió a ésta. Truman empleó la palabra subdesarrollo para identificar una calamidad específica que afecta a la mayor parte de los seres humanos y a la mayoría de los países fuera de Estados Unidos. Usó una palabra que incluso los antiyanquis podrían reconocer como una condición indeseable. La usó para designar una condición social que casi todo el mundo se siente capaz de plantear, sin necesidad de identificarse con la tensión que así impone a la mayoría a la que se dirige. Se convirtió en un término capaz de producir irrefrenables burocracias.

No éramos subdesarrollados. En la década de los años treinta, al contrario, buscábamos empeñosamente nuestro propio camino. Gandhi consideraba que la civilización occidental era una enfermedad curable. En vez de nacionalizar la dominación británica, buscaba *Hind Swaraj*: que la India se gobernase en sus propios términos, conforme a sus tradiciones. Cárdenas, en México, consciente de los efectos devastadores de la crisis capitalista, soñaba un México de ejidos y pequeñas comunidades industriales, que evitara los males del urbanismo y el industrialismo y en donde las máquinas fueran usadas para aliviar al hombre de los trabajos pesados y no para la llamada sobreproducción. Mao había iniciado la Larga Marcha, en la búsqueda de un camino chino de transformación social. Todos estos empeños se derrumbaron ante el empuje de la empresa desarrollista. Las presas fueron los nuevos templos para la India de Nehru. México se rindió a la Revolución Verde; la obsesión por la industrialización y el urbanismo que adquirió entonces ha

hecho que la quinta parte de los mexicanos viva en un monstruoso asentamiento contaminado y violento en la ciudad de México y otra quinta parte haya tenido que emigrar. El socialismo chino, como el de otros países del “socialismo real”, se convirtió en la vía más larga, cruel e ineficiente de establecer el capitalismo.

Después de Truman se han sucedido una tras de otra, a cortos intervalos, las teorías del desarrollo y el subdesarrollo. En cada una de ellas, “desarrollo” aparece como un algoritmo: un signo arbitrario cuya definición depende del contexto teórico en que se usa. Como ha señalado Gilbert Rist, “el principal defecto de la mayor parte de las seudodefinitiones de “desarrollo” es que se basan en la manera en que una persona (o grupo de personas) describe las condiciones ideales de la existencia social... Pero si la palabra “desarrollo” sólo es útil para referirse al conjunto de las mejores aspiraciones humanas, *podemos concluir de inmediato que “no existe en parte alguna y probablemente nunca existirá!”* (Rist, 1997: 10. Cursivas en el original). Pocas veces se menciona que ese ideal se concretó en la forma del *American way of life* y así pudo operar como emblema de la hegemonía estadounidense.

Sin embargo, a medida que las definiciones del desarrollo se hicieron más variadas y contradictorias entre sí, sus connotaciones adquirieron mayor fuerza. “Es un vector emocional, más que un término cognitivo. Connota mejoría, avance, progreso; significa algo vagamente positivo. Por eso es tan difícil oponerse a él: ¿quién quiere rechazar lo positivo?” (Sachs, 2007).

En el mundo real, más allá de la disputa académica sobre los significados del término, desarrollo es lo que tienen las personas, áreas y países “desarrollados” y los demás no. Para la mayoría de la gente en el mundo, “desarrollo” significa iniciarse en un camino que otros conocen mejor, avanzar hacia una meta que otros han alcanzado, esforzarse hacia adelante en una calle de un solo sentido. “Desarrollo” significa sacrificar entornos, solidaridades, interpretaciones y costumbres tradicionales en el altar de la siempre cambiante asesoría de los expertos. Desarrollo promete enriquecimiento. Para la gran mayoría, ha significado siempre la modernización de la pobreza: la creciente dependencia de la guía y administración de otros. Reconocerse como subdesarrollado implica aceptar una condición humillante e indigna. No se puede confiar en las propias narices; hay que confiar en las de los expertos, que lo llevarán a uno al desarrollo. Ya no es posible soñar los propios sueños: han sido soñados, pues se ven como propios los sueños de los “desarrollados”, aunque para uno (y para ellos) se vuelvan pesadilla.

“El viejo imperialismo –la explotación para ganancia extranjera– no tiene cabida en nuestros planes”, señaló Truman en el discurso en que acuñó la palabra subdesarrollo. “Concebimos un programa de desarrollo basado en los conceptos de trato justo y democrático” (Truman, 1967). No había cabida para el viejo imperialismo. Estados Unidos se convirtió en el campeón de la descolonización, apoyando directa o indirectamente a quienes se querían librar del yugo europeo. Pero así empezó otra forma de colonización, más penetrante y extendida. Para la defensa y fomento de los intereses estadounidenses, se recurrió a la fuerza siempre que fue necesario y se respaldó toda suerte de autoritarismos. El propio Truman señaló, ante las críticas sobre su respaldo a Somoza: “Sí, es un hijo de puta, pero es *nuestro* hijo de puta”. En general, sin embargo, se prefirió la vía suave de la persuasión, a través de la propaganda y el mercado, educando a una generación entera en la religión del desarrollo.

El proceso de descolonización, que marca el inicio del milenio, pasa necesariamente por la desmitificación del desarrollo. El supuesto de que los “subdesarrollados” deben y pueden llegar a ser como los “desarrollados” no tiene ya sustento y se le reconoce cada vez más como una amenaza a la naturaleza y a la convivencia. Ha llegado el tiempo de deshacerse radicalmente del mito colonizador.

Desde los años ochenta se había hecho públicamente evidente el fracaso de la empresa desarrollista. La propuesta de Truman prometía expresamente cerrar la brecha entre los países “avanzados” y los demás, para implantar una nueva forma de justicia en el mundo. En 1960 los países ricos eran 20 veces más ricos que los pobres. En 1980, gracias al desarrollo, eran 46 veces más ricos. Resultaba claro que el “desarrollo” era muy buen negocio para los países ricos y muy malo para los demás. Las cuentas alegres que en los años cincuenta prometían que países como México o Brasil se desarrollarían en un plazo de 25 a 50 años cayeron por su propio peso: se rezagaban cada vez más. Nunca llegarían a ser como los países que se adoptaban como modelo.

Esta conciencia tuvo efectos ambiguos. Para muchos, fue fuente de frustración, rabia, desesperación. ¿Por qué tantos países parecían condenados a estar siempre en segunda posición, al final de la cola? Se produjeron también reacciones individualistas: conscientes de que sus países no serían como los “desarrollados”, algunos decidieron sumarse a las minorías de éstos. En clases medias y altas de América Latina circuló por entonces una postura cínica: “No vamos a vivir como los

estadounidenses, sino mejor que ellos. Tendremos todos los bienes y servicios que ellos tienen, sus *malls*, sus McDonalds, sus Walmart, y además criadas”. Millones de personas se convirtieron en lo que Carlos Monsiváis ha llamado los primeros estadounidenses nacidos en nuestros países. Son personas que no toman en cuenta los puntos de vista de las criadas ni los de las mayorías sociales desplazadas y despojadas por el desarrollo. Forman ahora los Nortes de cada Sur.

Los años ochenta, sin embargo, fueron también un momento de revelación. A pesar de los velos tendidos sobre su realidad por las elites locales, en las mayorías, particularmente entre los marginados, se produjo un despertar. Descubrieron que, a pesar de todos los despojos del colonialismo y el desarrollo, aún contaban con la bendición de su dignidad, y con ella venía su propia definición de la buena vida, del buen vivir, de sus formas sensatas y conviviales de honrar a la Madre Tierra y de convivir con otros. Descubrieron que, a final de cuentas, el “desarrollo” sólo significaba aceptar una definición universal de la buena vida que, además de inviable, carecía por completo de sentido. Y descubrieron, además, que era enteramente factible llevar a la práctica sus propias definiciones del buen vivir –aunque hacerlo implicaba intensificar la resistencia ante desarrollistas públicos y privados, debilitados por las crisis pero no eliminados, y luchar a contrapelo de los vientos dominantes.

Empezó a hablarse de “posdesarrollo”, un término que se puso repentinamente de moda. Tras varios años de conversaciones en distintos países, reflexionando sobre el tema, Iván Illich y sus amigos publicaron el *Diccionario del Desarrollo: una guía del conocimiento como poder* (Sachs, 1992). Era un esfuerzo por desmantelar la frágil, aunque poderosa constelación semántica del “desarrollo” mostrando el carácter tóxico de sus pilares lingüísticos: ayuda, ciencia, desarrollo, Estado, igualdad, medio ambiente, mercado, necesidades, nivel de vida, participación, planificación, población, pobreza, producción, progreso, recursos, socialismo, tecnología y un mundo.

El posdesarrollo significa, ante todo, adoptar una actitud hospitalaria ante la pluralidad real del mundo. Significa, como dicen los zapatistas, ponerse a construir un mundo en que quepan muchos mundos. En vez del viejo sueño perverso de un mundo unificado e integrado bajo la dominación occidental, que Estados Unidos tomó en sus manos al final de la Segunda Guerra Mundial, se trata de abrirse

hospitalariamente a un pluriverso, en que las diferencias culturales no sólo sean reconocidas y aceptadas sino celebradas.

Posdesarrollo, en ese contexto, significa también celebrar las innumerables definiciones del buen vivir de quienes han logrado resistir el intento de sustituirlas con el *American way of life* y ahora se ocupan de fortalecerlas y regenerarlas. En un sentido muy real, ir más allá del desarrollo significa encontrarse con la buena vida, curando al planeta y al tejido social del daño que les causó la empresa desarrollista.

³ Truman no fue el primero en emplear la palabra. Wilfred Benson, que fuera miembro del Secretariado de la Oficina Internacional del Trabajo, fue probablemente la persona que la inventó, cuando se refirió a las “áreas subdesarrolladas” al escribir sobre las bases económicas de la paz en 1942. Pero la expresión no tuvo mayor eco, ni en el público ni en los expertos. Dos años más tarde, Rosenstein-Rodan siguió hablando de “áreas económicamente atrasadas”. Arthur Lewis, también en 1944, se refirió a la brecha entre las naciones ricas y las pobres. A lo largo de la década, la expresión apareció ocasionalmente en libros técnicos o en documentos de Naciones Unidas. Sólo adquirió relevancia cuando Truman la presentó como emblema de su propia política. En este contexto, adquirió virulencia colonizadora insospechada.

⁴ El asunto es particularmente importante para América Latina. Síntomas del proceso y oportunidades claras se observan en una variedad de episodios de los últimos años: aunque la OEA sigue siendo un aparato burocrático irrelevante, ha dejado ya de ser la oficina de colonias de Washington; a pesar de las enormes presiones que ejerció Estados Unidos, no pudo lograr la creación del ALCA; presiones y amenazas sin precedentes para participar en la “coalición” para invadir Irak fueron ignoradas por casi todos los países latinoamericanos; Estados Unidos ha quedado virtualmente aislado en su bloqueo a Cuba, agravado con nuevas agresiones, pero ese país no sólo mantiene incólume su resistencia sino que está tomando nuevas iniciativas; el estado de las relaciones de Estados Unidos con Venezuela y Bolivia ilustra claramente el nuevo estado de cosas...

⁵ El llamado Consenso de Washington incluía las siguientes políticas: disciplina fiscal; reorientación del gasto público a educación, salud e inversión en infraestructura; reforma fiscal; desregulación de las tasas de interés; tipos de cambio competitivos; liberalización del comercio; apertura a la inversión extranjera directa; privatización de las empresas públicas; desregulación; y seguridad legal de los

derechos de propiedad. Estas políticas, originalmente presentadas por John Williamson (1990) aparecen resumidas en el informe del Banco Mundial del año 2000.

⁶ *The Atlantic Monthly* recordó el pasado diciembre que en su primer número, al condenar la especulación que llevó a la crisis de 1857, la había descrito del siguiente modo: “Las entrañas de los bancos, que alimentamos como prestamistas, se cierran con el crujido seco y la tenacidad de trampas de acero; y entonces el pánico general, o la búsqueda de confianza comercial, provoca parálisis de los intercambios domésticos, así como bancarrotas generalizadas y la ruina” (vol. 302, núm. 5, diciembre 2008, p.14).

⁷ Klaus Zimmermann es director del Instituto Alemán para la Investigación Económica (Deutschen Instituts für Wirtschaftsforschung). Ver <http://www.netzeitung.de/wirtschaft/wirtschaftspolitik/1233037.html>, 15 de diciembre de 2008.

⁸ Solow presenta este comentario en “How to Understand the Disaster” (*The New York Review of Books*, vol. LVI, núm. 8, mayo, 14-27, 2009, p.4) una reseña crítica del libro de Richard A. Posner, *A Failure of Capitalism: The Crisis of '08 and the Descent into Depression* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2009). Prefiere quedarse con el término “recesión”, para aludir a la crisis actual, que Posner considera depresión.

⁹ El caso del libre comercio ilustra bien la cuestión. En su nombre se han cometido todo género de atropellos y desaguizados irresponsables. Pero los críticos se reducen a mover el péndulo hacia el proteccionismo, sin ver que éste nunca protegió a la gente. A final de cuentas, unos exigen que nos pongamos en manos del mercado, es decir, de las corporaciones capitalistas, mientras los otros plantean que debemos ponernos en manos de los burócratas... ¡que no son sino personeros del capital!

¹⁰ En este trabajo incluyo en la categoría de “trabajadores”, siempre entre comillas (a menos que se refiera explícitamente a los obreros industriales), tanto a los asalariados como a quienes se encuentran subsumidos real o formalmente al capital o son explotados en el seno de la fábrica social, aunque no reciban un salario, e incluso a quienes resisten tanto el capitalismo como la designación de “trabajadores”, en el llamado “sector informal” y en otras actividades. Ver al respecto G. Esteva (1983), donde sugiero la categoría “trabajadores directos de la fábrica social” (tradifas), para incorporar en la categoría de los “trabajadores” explotados por el capital a quienes no reciben un salario y a una variedad de

agentes, muchos de los cuales son habitualmente considerados como formas precapitalistas de trabajo. En ese trabajo nuestro también las potencialidades revolucionarias de esos sectores de la población.

¹¹ En esta sección sigo de cerca los análisis de *Midnight Notes y amigos*, 2009.

¹² El más prominente de esos especialistas, Paul Wilmott, considera que mostraron falta de ética y responsabilidad y carencia de sentido de la realidad. “Wilmott es el único que realmente entiende lo que está pasando... y que emplea su cabeza y un sentido ético”, sostiene Nassim Nicholas Taleb (*Newsweek*, 8 de junio de 2009, p.35). Como ha señalado Jean Robert, Taleb, consejero financiero-filósofo-latinista-helenista-arabizante y hebraísta, que se considera alumno de Mandelbrot, hizo ganar miles de millones de dólares a sus clientes apostando, contra la corriente, al colapso del sistema financiero. Su libro, *The Black Swan: The Impact of the Highly Improbable* (Nueva York: Random House, 2007), fue un éxito instantáneo de librería y se ha convertido en un punto de referencia necesario en el mundo financiero, que a pesar del desastre sigue necesitando desesperadamente a sus asesores matemáticos. Para Taleb, según Robert, “las matemáticas clásicas que usaban los consejeros en finanzas no contemplaban la posibilidad de un colapso, una *catástrofe* en el sentido matemático, es decir, la entrada a un dominio regido por leyes completamente distintas de las conocidas, evento tan improbable como el descubrimiento de un cisne negro. El año pasado, en la carta que periódicamente dirige a sus accionistas, Warren Buffet, el personaje que se convirtió en uno de los hombres más ricos del mundo con base en su conocimiento del mercado de valores, les advirtió: “Cuidado con los cuates que llegan armados de una fórmula”.

Mandelbrot, el maestro de Chalet, es un notable matemático que buscó corregir ciertos modelos utilizados por los financieros y consejeros en inversiones. Contra la opinión corriente, estaba convencido que los riesgos y las expectativas no se distribuyen en forma similar en las inversiones de largo plazo y en las de corto plazo (ver Benoît Mandelbrot, *Fractals and Scaling in Finance. Discontinuity, Concentration, Risk*, Heidelberg/New York: Springer Verlag, 1997). Según recuerda Jean Robert, Mandelbrot “es el inventor de lo que él llama la *economía-física*, una “física social” de los fenómenos económicos que hace abstracción de los sujetos reales y sólo describe interacciones entre factores pertenecientes a dominios heterogéneos... Según Mandelbrot, las “leyes” que rigen el mundo financiero son tan heterogéneas y sus efectos tan impredecibles como las del clima y su descripción necesitaría

dominar grados comparables de complejidad. Sus modelos incorporan la idea de que, en un sistema agitado por olas de mimetismo en el que los “hechos” son autorreferenciales, como en el sistema financiero, cada predicción llega a ser parte de la causa. Robert reflexiona entonces sobre el éxito repentino de la teoría de los fractales en economía. “Recordemos”, dice, “que la noción matemática de objeto *fractal* fue lanzada por Benoît Mandelbrot en 1975, en un libro que me impresionó entonces: *Les Objets fractals, forme, hasard et dimension*, Paris: Flammarion, 1975. El rostro de Mandelbrot recuerda el de Jean Piaget, del cual fue colaborador durante dos años en Ginebra. Galardonado por innumerables distinciones y premios académicos, Mandelbrot aparentemente tocó todos los campos, incluyendo la teoría de la cognición, la economía y la física (materias de las cuales fue sucesivamente profesor en Harvard). Como economista y teórico de las finanzas, publicó libros en los cuales aplica la teoría de los fractales a esas disciplinas, por ejemplo: *Fractales, hasard et finance 1957-1997*, Paris: Flammarion, 1998; con Richard L. Hudson, *The (Mis)Behavior of Markets, a Fractal View of Risk, Ruin and Reward*, New York, Basic Books, 2004. “En la medida en que la economía moderna ha dejado de interesarse en entidades y sujetos finitos, ubicados en el espacio y el tiempo, para interesarse en entidades indefinidas como la ofelinidad o la utilidad, se vuelve matematizable al modo de la física.” Para Robert, “los límites de la ‘economía fractal’ y una crítica radical de sus exageraciones pueden encontrarse en Philip Mirowski, *More Heat than Light: Economics as Social Physics, Physics as Nature’s Economics*, Cambridge: Cambridge University Press, 1989” (ver Robert, 2009).

¹³ Las luchas de los “trabajadores” en todo el mundo contra los acuerdos comerciales y las disposiciones legales y administrativas que son indispensables para el funcionamiento de la estrategia neoliberal impidieron llevarlos a término o implementarlos en forma adecuada.

¹⁴ La guerra de Irak buscaba, con otras medidas, reducir al esquema neoliberal la producción de petróleo, que en su mayor parte no ha podido ser privatizada ni sometida al proceso de desregulación.

¹⁵ El capital ha podido mantener los salarios reales estancados en muchos países –como Estados Unidos– pero no ha podido impedir su elevación en otros muchos, particularmente en aquéllos a los que se trasladó. Los capitales que acudieron masivamente a China aprovechaban claramente la oportunidad que les planteaban salarios que representaban una décima parte de los estadounidenses.

Pero los salarios nominales chinos aumentaron 400% desde 1996 hasta 2006 y los salarios reales 300% entre 1990 y 2005, la mitad de este porcentaje entre 2000 y 2005. Mucho antes que esos salarios lleguen al nivel de los estadounidenses, su aumento produjo una caída en la tasa de ganancias de sus patrones. Movilizaciones semejantes se observaron en la misma época en Corea e Indonesia y contribuyen a explicar la crisis financiera asiática que precedió a la actual.

¹⁶ La estrategia invadió universalmente todo género de territorios, para someter al control capitalista todos sus recursos. Sin embargo, las luchas que se han estado librando en África, Asia y América Latina han podido poner un límite a esa invasión, que encuentra creciente resistencia. Sólo la represión feroz, como la del gobierno peruano contra los indígenas que luchan para proteger el Amazonas, que se está realizando cuando se escriben estas notas, permite intentar esa expansión. Las consecuencias de esa táctica la hacen cada vez más incosteable.

¹⁷ La estrategia neoliberal se dedicó a “externalizar” el costo de su destrucción del patrimonio natural. Las luchas de los ambientalistas, empero, empezaron a ejercer tales presiones sobre los gobiernos y los propios capitalistas, que éstos se vieron obligados a empezar a “internalizar” esos costos –una tendencia que se está acelerando y que aumenta los requerimientos de capital constante, reduciendo consecuentemente la tasa de ganancia.

¹⁸ La primera es de simple sentido común: se necesita ver con claridad lo que se quiere controlar. Pero esto se ha vuelto imposible. Como demuestra el persistente misterio de los instrumentos financieros creados en los últimos 20 años, no se puede ya dar plena visibilidad a actividades económicas globalizadas que operan más allá de los horizontes de percepción de cada uno de los gobiernos o de todos ellos en conjunto y de las agencias internacionales. Aun cuando se dispusiera de instrumentos de política apropiados y de recursos suficientes para aplicarlos, no se sabría en dónde o en qué emplearlos, por falta de visibilidad.

La segunda condición se refiere a la necesidad de prever los errores humanos y de cálculo. Este margen de seguridad fue posible durante los primeros 25 años de experimentación con los controles gubernamentales: las cosas se mantenían dentro de proporciones razonables. Pero ese margen se fue angostando a medida que la economía crecía. En retrospectiva, por ejemplo, es posible constatar que fueron errores de cálculo los que hicieron contraproductivas las medidas tomadas para contrarrestar la famosa e impredecible recesión de 1957 en Estados Unidos.

La intervención gubernamental cambió la naturaleza de la crisis, no la eliminó. Un error de cálculo al disparar un arpón puede llevar a errar el blanco, pero no por mucho. Un error insignificante al lanzar un cohete a Marte puede llevarlo en dirección impredecible, enteramente alejada y hasta opuesta de su punto de destino.

¹⁹ Uno de los factores a tomar en cuenta es que será muy difícil engatusar de nuevo a un amplio segmento de la población en la trampa del crédito. Independientemente de las dificultades y reticencias actuales del sistema bancario, mucha gente está incrementando sus tasas de ahorro, mediante una reducción consciente o forzada de su consumo, lo que afectará adicionalmente la contracción de la demanda y hará aún más difícil reanimar la economía real por los métodos convencionales. Salvo en algunos países y para ciertos sectores, será sumamente difícil que la ampliación del gasto público genere en un plazo razonable una reanimación efectiva.

²⁰ Como ha señalado Iván Illich, “la belleza social aparece cuando los elementos materiales de una cultura son del tamaño apropiado a su complementariedad concreta y dotada de género. Mantener este ‘medio’ dentro de los parámetros de tamaño que corresponden a su forma es necesario para la existencia y preservación de una relación cargada de género entre los dominios del hombre y la mujer” (Illich, 1982: p.93).

²¹ La cuestión es central. Muchas iniciativas recientes de la sociedad civil han tenido éxito por haber adoptado estilos posindustriales de producción. La generalización del estilo político propio de la democracia radical traerá cambios profundos en la organización del trabajo, en la línea que desde hace décadas han planteado autores como Jacques Ellul, Paul Goodman, Iván Illich y Leopold Kohr. Por razones de espacio, no he podido abordar la cuestión aquí. Lummis (1996) la trata en relación explícita con la democracia radical. En la colección de *Opciones*, suplemento de *El Nacional* (enero de 1992 hasta febrero de 1994) aparecen numerosos textos que plantean las bases teóricas y prácticas del estilo posindustrial, así como experiencias recientes.

²² En “El mundo: siete pensamientos en mayo de 2003”, *Rebeldía*, núm. 7, p.10, mayo 2003, el subcomandante Marcos sugirió que, en el barco en que vamos todos, “hay quien se dedica a imaginar que el timón existe y a disputar su posesión. Hay quien busca el timón, seguro de que se quedó en alguna parte. Y hay quien hace

LA CRISIS COMO ESPERANZA

de una isla no un refugio para la autosatisfacción, sino una barca para encontrarse con otra isla y con otra y con otra...”

Fecha de recepción: 10 de junio de 2009

Fecha de aceptación: 22 de julio de 2009